

RUDOLF STEINER
**“Bases científico-espirituales para el desarrollo de la
agricultura”.**
GA 327 de la Obra Completa.

Fragmento de la
Tercera conferencia
Koberwitz, 11 de junio de 1924.

*Incurción en la actividad de la naturaleza:
La acción del espíritu en la naturaleza*

Las fuerzas de la Tierra y del cosmos de las que les hablé actúan en la agricultura mediante las sustancias de la tierra. Y por eso, en los próximos días, sólo podremos hallar acceso a los diversos enfoques prácticos si hoy también nos ocupamos con más detalle de la pregunta: ¿Cómo obran las fuerzas de las que hablé mediante las sustancias de la tierra? Para ello habremos de hacer una incurción en la actividad de la naturaleza en general.

Una de las preguntas capitales que pueden plantearse cuando se trata de producir en el ámbito agrícola es la relativa al significado y la influencia del nitrógeno sobre toda la producción agraria. Esa simple pregunta sobre la esencia de la acción del nitrógeno ha desembocado hoy en día en una gran confusión. Por todas partes en que esté activo el nitrógeno no vemos más que el extremo exterior de sus efectos, lo más superficial en que se manifiesta. Pero no se vislumbra en el interior de los nexos de la naturaleza en los que actúa el nitrógeno, y eso tampoco puede hacerse si permanecemos dentro de un solo ámbito de la naturaleza; eso sólo puede lograrse si ampliamos nuestra mirada a las amplitudes de la naturaleza y nos preocupamos de la actividad del nitrógeno en el cosmos. Puede decirse incluso -y eso lo veremos en mis exposiciones- que el nitrógeno, como tal, quizás no desempeña el primer papel en la vida vegetal; y sin embargo el solo hecho de conocer cuál es su papel es de primerísima necesidad para entender la vida vegetal.

Pero el nitrógeno, al obrar en el ser natural tiene, digamos, cuatro hermanos cuyos efectos que también hemos de conocer si pretendemos comprender sus funciones y su significado en la llamada economía de la naturaleza. Esas tres sustancias hermanas son las que están reunidas con él en la proteína vegetal y animal de una manera que incluso hoy es todavía misteriosa para la misma ciencia exterior. Son los cuatro hermanos: el carbono, el oxígeno, el hidrógeno y el azufre.

Si queremos conocer el pleno significado de la proteína no basta con que mencionemos sólo sus principales ingredientes: hidrógeno, oxígeno, nitrógeno y carbono, sino también hemos de incluir otra sustancia activa de enorme importancia para la proteína, me refiero al azufre. Pues dentro de la proteína, el azufre es precisamente el componente que sirve de mediador entre lo espiritual que se halla expandido por todas partes en el mundo, entre la fuerza formadora de lo espiritual y lo físico. Puede afirmarse que quien quiera realmente seguir las huellas que deja lo espiritual en el mundo material habrá de seguir la actividad del azufre. Y aunque esa actividad no se vea tan abiertamente como se ve la de las otras sustancias, es de suma importancia, por el hecho de que, por vía del azufre, el espíritu interviene y actúa en lo físico de la naturaleza. El azufre es realmente el portador de lo espiritual. Mantiene su antiguo nombre de Sulfuro que se halla emparentado con el fósforo; y mantiene su antiguo nombre porque antaño en la luz, en la luz que se expande, en la luz de naturaleza solar se veía también la expansión de lo espiritual. Por eso, a esas sustancias que tienen que ver con la intervención de la luz en la materia, como el azufre y el fósforo, se les llamaba portadores de luz.

Ahora bien, precisamente porque la actividad del azufre es tan sutil en la economía de la naturaleza, se nos hará evidente lo que son realmente esas sustancias en el ser cósmico en su conjunto, si tenemos en cuenta y realmente aprendemos a entender las otras cuatro sustancias hermanas: carbono, hidrógeno, nitrógeno y oxígeno. Pues el químico de hoy no sabe mucho de esas sustancias. Sabe qué aspecto exterior poseen cuando las tiene en el laboratorio, pero en realidad no entiende en absoluto el significado interior de esas sustancias en el conjunto de las actividades cósmicas. Y el conocimiento que hoy tiene la química de esas sustancias, en realidad, no es mucho mayor que el que tendríamos de alguien que viéramos pasar por la calle, y a quien tal vez le habríamos sacado una foto, y del que uno se acordaría a partir de la foto. Pues lo que ciencia hace con esas sustancias, cuya naturaleza profunda tendríamos que conocer, no es mucho más que la mera toma de una fotografía y lo que consta en los libros y se presenta en nuestras conferencias sobre esas sustancias no contiene mucho más que eso.

Por eso, partamos primero del carbono (su aplicación a lo vegetal ya se nos irá dando). En la época moderna, el carbono se ha visto rebajado desde una posición muy aristocrática a una categoría muy plebeya -¡y hay que ver cuántos otros seres en el mundo han seguido ese mismo camino! Así pues, uno ve en el carbono solamente lo que uno hace en el horno: el carbón. En el carbono vemos eso con lo que escribimos: el grafito. Todavía se tiene aprecio por una determinada modificación del carbono: el diamante. Hasta ahí llega el límite de nuestro aprecio, porque no lo podemos comprar. Y por eso, lo que se sabe del carbono, en comparación con la enorme importancia que tiene en el cosmos, es extraordinariamente poco. Ese negro personaje -llamémosle personaje- hasta hace relativamente poco, hasta hace unos doscientos años, era considerado lo que solía llamarse con un nombre muy noble, con el nombre de "piedra filosofal".

Se ha parloteado mucho sobre lo que debía ser la piedra filosofal, pero de esa cháchara insustancial no ha salido mucho en claro. Pues cuando los antiguos alquimistas y personas afines hablaban de la piedra filosofal se referían al carbono en sus más diversas manifestaciones. Y mantenían su nombre en secreto simplemente porque, si no lo hubieran hecho, todo el mundo habría tenido naturalmente esa piedra filosofal. Pero se trataba del carbono. ¿Y por que era el carbono?

Podemos responder a ello con una concepción antigua, algo que hoy tendríamos que saber del carbono. Si pasamos por alto la forma desmenuzada en la que hoy se nos presenta el carbono en la naturaleza como carbón o grafito, debido a una serie de procesos por los que ha tenido que pasar, si captamos el carbono en su actividad viviente, tal como atraviesa el ser humano, el cuerpo animal, tal como construye el cuerpo vegetal desde sus condiciones, entonces esa sustancia amorfa, informe, con que nos representamos el carbono, se nos presenta como el último extremo, como el cadáver de lo que realmente es el carbón, el carbono, en la economía de la naturaleza.

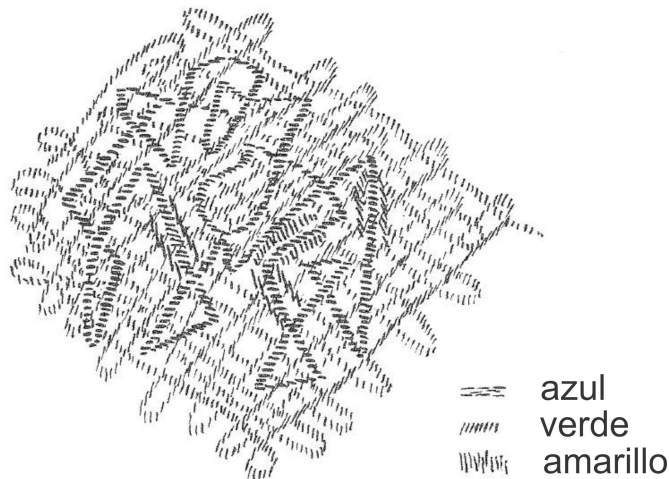
El carbono en realidad es el portador de los procesos de la forma en la naturaleza. Lo que deba adquirir forma, tanto si consideramos la forma relativamente transitoria de la planta, como la del organismo animal sometida a un cambio constante, el carbono es el gran escultor que no lleva consigo su sustancialidad negra, sino que cuando se halla en plena actividad y movilidad interior lleva consigo por doquier las imágenes cósmicas formadoras, las grandes Imaginaciones Cósmicas a partir de las cuales ha de emerger todo lo que adopte forma en la naturaleza. En el carbono gobierna un oculto escultor, y ese escultor oculto, al edificar las más diversas formas que se van configurando en la naturaleza, se sirve del azufre. De modo que, si queremos contemplar de manera adecuada el carbono en la naturaleza, hemos de contemplar cómo la actividad del espíritu universal, digamos, se humedece con el azufre, se halla activo como escultor, y gracias al carbono construye la forma vegetal más sólida, pero a su vez también construye la forma humana, que ya en el mismo proceso de surgir empieza a perecer, y que es precisamente humana y no de planta, porque una y otra

vez puede destruir su forma en el mismo momento en que va surgiendo, secretando el carbono, el ácido carbónico unido al oxígeno. Precisamente porque el carbono en el cuerpo humano nos conforma de manera demasiado rígida y sólida, como lo hace la palmera -pues se dispone a endurecernos-, al mismo tiempo la respiración destruye, arranca ese carbono de la solidez, lo une con el oxígeno, lo transporta hacia fuera y entonces nuestra forma se mantiene en la movilidad que necesitamos como seres humanos.

Pero en la planta el carbono se halla dentro, de modo que es retenido en cierto grado en una forma sólida, incluso en las plantas anuales. Un proverbio antiguo dice respecto al hombre: "La sangre es un fluido muy especial", y con razón hemos de decir que el yo humano palpita y se manifiesta físicamente en la sangre. Pero, hablando con más precisión, es el carbono quien teje, rige, se da forma y vuelve a disolverla, sobre cuyas vías, humedecido por el azufre, mueve en la sangre ese elemento espiritual del ser humano que llamamos yo. E igual como en el carbono vive el yo humano como verdadero espíritu del hombre, el yo cósmico vive a su vez en el espíritu universal pasando por el azufre en el carbono que se va formando y disolviendo constantemente.

En épocas antiguas de nuestra evolución terrestre lo que era secretado era el carbono. Sólo más tarde se agregó a ello, por ejemplo, lo calcáreo, que el ser humano utiliza entonces para crearse algo más sólido como soporte, un almacén sólido. Para que pueda moverse lo que vive en el carbono, el hombre crea en su esqueleto calcáreo un elemento sólido de sostén, igual como hace el animal, por lo menos el animal superior. Con ello, en la formación de su móvil esqueleto, el ser humano trasciende la formación calcárea sólida, puramente mineral, que posee la Tierra, y que él integra en sí mismo para tener tierra sólida en su interior. En el calcio de la formación ósea, el hombre posee tierra sólida dentro de sí.

Ahí pueden hacerse la imagen de que en todo lo vivo subyace una estructura o almacén parecida al carbón, más o menos sólida, más o menos fluida, sobre cuyas vías se mueve lo espiritual por el mundo. Permítanme esbozarlo de una manera meramente esquemática para que tengamos ante nosotros una imagen gráfica del tema. Voy a dibujar así un almacén que, de alguna manera, construye el espíritu con ayuda del azufre (dibujo, en azul). Eso es o bien carbono en constante modificación, que en dosis muy sutil se mueve en el azufre, o bien es un almacén de carbono, como sucede en las plantas, más o menos solidificado, endurecido, mezclado con otras sustancias o ingredientes.



Entonces, si examinamos al ser humano o, a fin de cuentas, cualquier otro ser vivo - eso ya lo hemos mencionado a menudo en nuestros encuentros- veremos que ese ser vivo se halla impregnado por algo etérico que es el verdadero portador de la vida. Por tanto, lo que representa la estructura carbónica de todo ser vivo ha de hallarse interpenetrado por lo etérico, de tal modo que lo etérico se mantenga o bien más inmóvil en esas estructuras de almacén, o bien se halle en movimiento más o menos fluente. Pero lo etérico ha de hallarse totalmente extendido allí donde se halla el almacén (dibujo, verde). Podemos decir pues: allí donde se halla esa estructura tiene que estar presente algo etérico.

Ahora bien, eso etérico sería algo que no existiría en nuestro mundo físico terrestre si se mantuviera en sí mismo. Digamos, que se infiltraría por todas partes, no podría adueñarse de aquello a lo que tiene que afianzarse en el mundo físico terrestre si no tuviera un portador físico. Eso es lo peculiar en todo lo que tenemos en la Tierra: que lo espiritual ha de tener siempre portadores físicos. Los materialistas sólo toman los portadores físicos y se olvidan de lo espiritual. Siempre tienen razón, porque lo primero que se nos presenta es el portador físico. Pero no se fijan en que lo espiritual ha de tener por todas partes un portador físico. El oxígeno es ese portador físico de lo espiritual que obra en lo etérico (podemos decir que en lo etérico actúa lo espiritual más inferior), es el portador físico impregnado por lo etérico de manera que este último se humedece con el azufre e introduce en lo físico lo que ha de insertar en esa estructura de almacén, no ya como formación o construcción de dicha estructura, sino como eterna movilidad. El oxígeno es el elemento físico que introduce desde el éter los efectos de la vida con ayuda del azufre. Así pues lo que les dibujé aquí en verde, si lo consideramos físicamente, representa el oxígeno y por vía del oxígeno representa la entidad de lo etérico que ondea, vibra y teje.

Por vía del oxígeno lo etérico se mueve con ayuda del azufre. Solo entonces cobra sentido el proceso respiratorio. Con el proceso de la respiración acogemos oxígeno. El moderno materialista habla sólo de ese oxígeno que obtiene en la retorta cuando genera la electrólisis del agua. Pero en ese oxígeno vive lo suprasensible más inferior, lo etérico, si no se lo mata como ha de ser muerto en el aire que tenemos a nuestro alrededor. En el aire de la respiración muere el elemento vivo del oxígeno, para que no nos desvanzcamos por el oxígeno vivo. Cuando algo vivo superior penetra en nosotros nos desmayamos. Si surge en nosotros alguna hipertrofia en el crecimiento y se aloja en algún lugar que no le corresponda nos provoca desmayo y mucho más que eso. Si estuviéramos rodeados de un aire vivo, donde hay oxígeno vivo, vagaríamos totalmente aturdidos, como anestesiados. El oxígeno que nos circunda ha de estar muerto. Pero hay que decir que desde el nacimiento mismo él es el portador de la vida, de lo etérico. Y se convierte inmediatamente en portador de vida

en el momento en que se sale de la esfera de tareas que tiene asignadas fuera de nosotros, de la esfera que debe envolvernos exteriormente alrededor de nuestros sentidos. Pues vuelve a cobrar vida cuando penetra en nosotros a través de la respiración, pues allí ya le corresponde estar vivo. El oxígeno que circula en nuestro interior no es el mismo que el que nos rodea ahí fuera. En nosotros es oxígeno vivo, también se convierte en oxígeno vivo en el momento en que el aire penetra en la tierra, en el suelo, si bien su vida allí es de un grado menor que el que tiene en nosotros o en los animales. Pero allí se vuelve oxígeno vivo. El oxígeno bajo tierra no es el mismo que el que hay por encima de la superficie.

Es difícil entenderse con los físicos y los químicos en este tema. Pues según los métodos que se aplican, el oxígeno ha de ser extraído de lo terrestre; por eso sólo tienen frente a sí oxígeno muerto. Y no puede ser de ninguna otra manera. Pero a eso está expuesta toda ciencia que sólo quiera abordar lo físico. Sólo puede entender los cadáveres. En realidad, el oxígeno es el portador del éter vivo y ese éter viviente se apodera del oxígeno, lo domina por vía del azufre.

Así pues, ahora tengo, por un lado, la estructura de carbono, en el que muestra su actividad lo espiritual más elevado que nos es accesible en la Tierra, el yo humano, y el espíritu cósmico que actúa en las plantas. Si observamos el proceso humano tenemos la respiración, el oxígeno que aparece en el hombre que lleva consigo el éter; y luego tenemos la estructura hecha de carbono que le subyace y que es puesta en movimiento en el ser humano. Ambos deben relacionarse mutuamente. El oxígeno ha de poderse mover por el camino que le prescribe ese almacén, y ha de poder dirigirse allí donde se halle esbozada alguna línea trazada por el carbono o por el espíritu del carbono, y por todas partes en la naturaleza, lo etérico-oxigénico ha de poder encontrar el camino hacia lo espiritual-carbónico. ¿Y cómo lo hace? ¿Quién es el mediador?

Ahí el mediador es el nitrógeno. El nitrógeno introduce la vida en la formación que se halla encarnada en el carbono. Dondequiera que aparezca el nitrógeno su tarea consiste en mediar entre la vida y el espíritu que al principio había cobrado forma en lo carbónico. En los reinos animal y vegetal, e incluso en el interior de la Tierra, el puente entre el oxígeno y el carbono es generado por el nitrógeno. Y la espiritualidad que con ayuda del azufre actúa dentro del nitrógeno es la misma que conocemos como lo astral. La espiritualidad astral en el cuerpo astral humano, es la espiritualidad astral que hay en la periferia terrestre, allí donde lo astral actúa en la vida de las plantas, de los animales, etc.

Y de ese modo, hablando espiritualmente, entre el oxígeno y el carbono hemos insertado lo astral, pero ese astral se acuña en lo físico utilizando el nitrógeno para poder actuar físicamente. Dondequiera que haya nitrógeno se extiende lo astral. Pues lo etérico vivo flotaría por doquier como si fuera una nube, no tendría en cuenta esa estructura-armacén de carbono, si el nitrógeno no tuviera una atracción tan poderosa por esa estructura carbónica. Allí donde se generen líneas y caminos en el carbono allí el nitrógeno arrastra al oxígeno, allí lo astral en el nitrógeno arrastra lo etérico (véase dibujo, amarillo). Ese nitrógeno es el gran remolcador de lo vivo hacia lo espiritual. Por eso el nitrógeno en el hombre es esencial para lo anímico humano, que es el mediador entre la pura vida y el espíritu.

Ese nitrógeno es en realidad algo prodigioso. Si seguimos su camino en el organismo humano vuelve a ser todo un hombre entero. Existe pues un hombre-nitrógeno. Si pudiéramos aislarlo sería el espectro más bello que podría existir. Pues imita plenamente todo lo que se halla en la estructura sólida humana. Por el otro lado vuelve a fluir seguidamente en la vida. Ahí estamos viendo el interior del proceso de respiración. Por ese proceso el ser humano acoge en su interior el oxígeno, es decir, la vida etérica. Luego viene el nitrógeno interior y transporta el oxígeno a todas partes donde haya carbono, es decir, donde haya algo configurado, algo con forma que teje y se transforma; ahí introduce el oxígeno para que se adueñe de ese elemento carbónico y lo transporte hacia el exterior. Pero el nitrógeno es quien facilita que, a

partir del oxígeno, se genere el ácido carbónico y que éste sea exhalado en la respiración.

Ese nitrógeno nos envuelve por todas partes. A nuestro alrededor hay sólo una minúscula porción de oxígeno, es decir, del portador de la vida, y una gran proporción de nitrógeno, que es el portador astral de lo espiritual. Durante el día para nosotros es enormemente necesario el oxígeno, y por la noche también necesitamos ese oxígeno en nuestro entorno. Durante el día y la noche quizás respetamos menos el nitrógeno, porque creemos necesitarlo menos -me refiero al nitrógeno del aire que respiramos. Pero el nitrógeno es lo que tiene una relación espiritual con nosotros. Podemos hacer el siguiente experimento.

Podríamos intentar experimentar con una persona que se halle encerrada en un determinado espacio de aire, y del aire que hay en ese espacio podríamos extraer una pequeña cantidad de nitrógeno, de modo que el aire que rodea a esa persona fuera un poco más pobre en nitrógeno de lo que es habitual. Si el experimento se hiciera con precaución, constatarían que el nitrógeno vuelve a recuperarse, que es sustituido, no desde fuera, sino desde el interior del sujeto. El ser humano ha de desprenderse de su nitrógeno para compensar el nitrógeno del entorno y llevarlo al estado cuantitativo al que está acostumbrado. Como seres humanos nos encargamos de producir la correcta proporción de nitrógeno entre todo nuestro ser interior y el nitrógeno que nos rodea. No conviene que el nitrógeno de fuera tenga una proporción menor. Y aunque siguiera sirviendo, porque no necesitamos el nitrógeno para respirar (siempre nos bastaría el que tuviéramos), pero la relación espiritual que ahí existe sólo se consigue con la cantidad de nitrógeno a la que estamos acostumbrados en el aire.

Ven, pues, que el nitrógeno interviene intensamente en lo espiritual y eso nos permitirá concebir la idea, la representación de que ese nitrógeno ha de ser necesario para la vida de las plantas. Cuando la planta se yergue sobre el suelo, la planta tiene en su interior su cuerpo físico y etérico, pero no su cuerpo astral, como tendría el animal; pero lo astral ha de envolverla por todas partes desde fuera. La planta no florecería si lo astral no la tocara desde fuera. Ella no introduce lo astral en su interior, como harían el ser humano y el animal, pero se deja tocar por él.

Lo astral está por todas partes, y el nitrógeno, el portador de lo astral, está por todas partes, teje en el aire como cadáver, pero en el momento en que penetra en la tierra vuelve a cobrar vida. Ese nitrógeno en la tierra no sólo se torna vivo, y por paradójico que pueda hoy parecer al cerebro enmarañado en el materialismo, ese nitrógeno además de vivo se vuelve sensitivo. Eso hay que tenerlo especialmente en cuenta en el ámbito de la agricultura. Se convierte realmente en el portador de una misteriosa sensibilidad que se halla derramada por toda la vida de la Tierra. Él es quien siente si existe la suficiente cantidad de agua en una determinada zona de la tierra. Lo siente como simpatía o antipatía. Cuando hay poca agua siente eso como algo antipático. Siente como simpatía el que en un determinado suelo se hallen las plantas adecuadas, etc. Y de ese modo, ese nitrógeno derrama toda una especie de vida sensitiva.

Podemos decir que de todo lo que he expuse ayer y en exposiciones anteriores, que los planetas Saturno, Sol, Luna, etc., tienen una influencia sobre la forma y la vida de las plantas. Efectivamente, eso no se sabe. En la vida ordinaria podemos decir que eso no se sabe. Pero el nitrógeno, que se halla por doquier, el nitrógeno sí lo sabe y lo sabe muy bien. El nitrógeno no es inconsciente de lo que procede de los astros y que sigue obrando en la vida de las plantas y de la tierra. Él es el intermediario sensible, igual como en el sistema neurosensorial del ser humano el nitrógeno es también lo que facilita la sensación. En realidad él es el portador de la sensibilidad de la sensación.

Ahora bien, podemos dirigir nuestra mirada íntima a la vida sutil de la naturaleza, si tenemos en cuenta el nitrógeno que hace que se muevan las fluctuantes sensaciones por todas partes. Y al hacerlo descubriremos que precisamente en el tratamiento del nitrógeno subyace algo sumamente importante para la vida vegetal.

Eso naturalmente será objeto de nuestras siguientes exposiciones. Pero todavía es necesario algo más.

Vemos que allí dentro en el oxígeno obra la vida en una interacción viviente entre aquello que, procedente del espíritu, adopta forma de almacén o estructura en el carbono, y aquello que, procedente de lo astral, impregna esa estructura con vida y sensibilidad.

Pero todo eso actúa unido en lo terrestre gracias a que se impregna con algo más, con algo que establece el vínculo entre el mundo físico y las amplitudes del cosmos. Pues, naturalmente, es imposible que nuestra Tierra vague por el universo como algo sólido separado del resto del cosmos. Si la tierra hiciera eso se hallaría en una situación semejante al de una persona que vive inmersa en un paisaje, pero que quiere permanecer independiente, que no quiere que entre en ella nada de lo que crece en el campo. Si es razonable no hará eso. Hoy vemos algunas cosas en el campo; y al cabo de un tiempo volvemos a encontrarlas en el estómago de nuestras respetables señorías. Y luego de alguna manera retoma el camino de regreso a la tierra. Como seres humanos, no podemos decir que somos capaces de aislarnos y mantenernos separados, pues estamos vinculados con nuestro entorno, definitivamente pertenecemos a él. Igual como mi dedo meñique me pertenece, las cosas que se hallan a nuestro alrededor pertenecen también al ser humano integral. Tiene que existir un constante intercambio de sustancias. Es algo que tiene que existir entre la Tierra, todos sus seres y el universo entero. Todo lo que vive en la Tierra en formas físicas ha de poder ser reconducido al cosmos, ha de poder ser, digamos, depurado y purificado en el cosmos.

De modo que tenemos lo siguiente (véase dibujo): Primero tenemos lo que expliqué antes: la estructura o almacén de carbono. Luego lo que ahí vemos en color verde: la naturaleza etérea del oxígeno. Después lo que se configura como astral (amarillo) partiendo del oxígeno transmitido por el nitrógeno en las diversas líneas, y que establece la transición entre la naturaleza del carbono y la del oxígeno. Por todas partes podría mostrar cómo en esas líneas azules el oxígeno transporta lo que esboqué esquemáticamente en las líneas verdes.

Pero todo eso que en los seres vivos hemos dibujado con una estructura muy delicada, tiene que volver a desaparecer. No es el espíritu el que desaparece, sino aquello que el espíritu ha construido ahí dentro en el carbono y que atrae la vida desde el oxígeno. Todo eso ha de poder desaparecer nuevamente. Pero no tanto porque desaparezca *de la Tierra*, sino porque ha de poder desaparecer *en el cosmos*. Eso lo hace una sustancia que, en la medida de lo posible, está emparentada con lo físico, y por otra parte lo está con lo espiritual: me refiero al hidrógeno. Si hemos de expresarlo correctamente, en el hidrógeno -que es en sí mismo lo físico más sutil que existe- en realidad lo físico es desfragmentado y dispersado totalmente, y es transportado por el azufre hacia lo indiferenciado del cosmos.

Podría decirse que en esas formas el espíritu se ha hecho físico, vive ahí dentro en el cuerpo de manera astral, en su reflejo como espíritu, como yo. Ahí vive de manera física en el espíritu transformado en físico. Pero eso dura sólo un tiempo. Pues quiere disolverse. Y entonces, humedeciéndose con el azufre, necesita nuevamente una sustancia dentro de la cual abandone toda definición y estructura, y se entregue a lo indefinido y caótico del universo, donde ya no exista nada de ésta o aquella organización. Y la sustancia que se halla tan cerca de lo espiritual por un lado, y tan cerca de lo material, por el otro, es el hidrógeno. Hace que regrese a las amplitudes del universo lo que es astral con forma y vida, de una manera que pueda ser acogida de nuevo por el cosmos, tal como describimos. El hidrógeno en realidad lo disuelve todo.

Veán, pues, que tenemos estas cinco sustancias, que en principio realmente representan lo que obra y teje en lo vivo y en lo aparentemente muerto, que no es más que algo provisionalmente muerto: el azufre, el carbono, el hidrógeno, el oxígeno y el nitrógeno. Todas estas sustancias se relacionan íntimamente con algo espiritual

configurado de una manera muy concreta. Por tanto son algo totalmente distinto de lo que nos habla la química. Nuestra química sólo nos habla de los cadáveres de las sustancias, no de las verdaderas sustancias. Tiene que aprender a conocerlas como algo vivo y sensitivo. Precisamente porque el hidrógeno, en apariencia, es el elemento más sutil, que posee el peso atómico mínimo, precisamente por ello es en realidad el menos espiritual de todos.

